

***POLÍTICA RACIAL
NACIONALSOCIALISTA***

Walter Darré

PRÓLOGO

Lo revolucionario de la filosofía nacionalsocialista reside, indudablemente, en el hecho de que - por primera vez en la Historia - se han reconocido las leyes naturales válidas también para el Hombre. *Es por eso que nuestra misión política reside en estructurar el ordenamiento interno y externo de nuestro Pueblo, de acuerdo a las leyes de Raza, Sangre y Suelo. Porque constituyen factores de cuyas interrelaciones y manifestaciones positivas estamos totalmente convencidos.*

La cuestión de la Sangre, considerada como una cuestión de raza y de leyes biológicas, determina todo plan y toda acción de gobierno.

Precisamente esta cuestión ha sido considerada y expuesta, en forma clara y políticamente consecuente, por el Reichsleiter R. WALTHER DARRÉ, quién no se ha circunscrito al ámbito de su misión política frente a la población agraria alemana sino que ha ido más lejos, adentrándose en el ámbito del pensamiento. Es decir: se trata de un desarrollo profundamente claro y maduro de la cuestión, desde el punto de vista científico y filosófico.

Lo que somos y lo que aún podemos ser como Pueblo, eso lo decide nuestra composición étnica". Esta frase de R. WALTHER DARRÉ ha de ser siempre la ley que rijan nuestra acción. En ella está indicada la enorme responsabilidad que le cabe a toda generación viviente frente a la sustancia misma del Pueblo: frente a nuestra Sangre que se compone de creación, de herencia y de responsabilidad por el futuro. Esta responsabilidad ha sido descrita, en este ensayo, por el Reichsleiter R. WALTHER DARRÉ de una manera implacablemente abierta que niega toda solución de mero compromiso y que obliga a la más alta responsabilidad moral y social.

La frase que señala que "la única y verdadera línea orientadora para nuestro Pueblo es su Sangre" es una verdad tan fundamentada que debemos colocarla como premisa diaria para nuestro trabajo y para nuestra vida. Y debemos prepararnos también a afrontar, sin contradicciones y con profunda responsabilidad, todo lo que esta frase implica a modo de lógica deducción; especialmente en cuanto a la cuestión del matrimonio, del niño atado a sus padres y - no en última instancia - en cuanto a la cuestión general de las relaciones de los sexos entre sí.

Hemos elegido este trabajo de R. WALTHER DARRÉ, tan pleno de pensamientos y tan fundamental desde el punto de vista de nuestro estilo de vida, para ponerlo a disposición de todo el aparato de adoctrinamiento del Movimiento, porque queremos que, durante el trabajo ideológico, todas las cuestiones tan claramente tratadas aquí se comprendan con la misma claridad y se afirmen - aún internamente - con la misma justeza, con la misma dureza y con la misma falta de compromisos.

Al mismo tiempo, al entregar este trabajo, quisiera exaltar y reafirmar las consecuencias tan decisivas que, en este sentido, se desprenden de nuestra filosofía y quisiera también exhortar a los Camaradas a abrazar una vida acorde con estos ideales. Porque aún el anhelo más caro a nuestros sentimientos sólo se hace realidad a través del ejemplo de Hombres que están dispuestos a dar un ejemplo viviente para darle, con ese comportamiento, vida al ideal.

El despertar esta disposición es el deber del adoctrinamiento en nuestro Movimiento.

Friedrich Schmidt

Hauptbefehlsleiter Jefe de la División Adoctrinamiento del N.S.D.A.P.

München, Enero de 1.941.

Pocas veces un siglo se ha anunciado tan inconfundiblemente en su misión principal como justamente nuestro siglo. En el año 1.900, tres científicos hallaron, independientemente el uno del otro, la prueba científica para la ley vital de la herencia de cualidades; fueron los alemanes von Tschermak y Lorrens y el holandés de Vries. Estos descubrimientos se sucedieron independientemente y hasta sin influenciarse mutuamente. Pero muy pocos científicos sospechaban ya las conmociones espirituales que ocasionarían; hasta los espíritus más atrevidos entre ellos no hubiesen soñado el alcance que tendrían estas conmociones.

El mundo científico aún no se había repuesto de su sorpresa cuando le llegó otra novedad por lo menos tan sorprendente. El hecho de que los descubrimientos del año 1.900 no eran nada tan nuevos sino que habían sido hechos mucho antes sólo que hasta entonces nadie los había considerado seriamente. Ya 25 años antes, otro alemán, el sacerdote capuchino Gregor (Johann) Mendel, había arribado a los mismos resultados que los tres científicos arriba citados sólo que sin encontrar comprensión en sus contemporáneos. Si hasta ese momento nadie se había logrado poner de acuerdo acerca de a quién correspondía el mérito del descubrimiento de la herencia de cualidades, a partir de allí la cuestión estaba resuelta. Estaba claro que el honor correspondía al padre capuchino Gregor Mendel de Brünn, en Moravia. De allí en más se acordó en llamar al proceso de la herencia de cualidades: "*Mendelismo*" para conectar de una vez y por siempre, la celebridad del descubrimiento con el nombre de Mendel.

Pero estos descubrimientos hubieran producido conmoción solamente en el mundo de las ciencias naturales si, poco antes de fin de siglo, un acontecimiento semejante no hubiese sacudido los espíritus de Alemania. Un inglés, que había optado por Alemania como su segunda Patria, publicó en alemán una obra, que terminaba lapidariamente con las corrientes espirituales del siglo pasado y mostraba históricamente a la raza como el principio creador de la Historia. *Houston Stewart Chamberlain*, en su obra "Los fundamentos del siglo XIX". Su trabajo produjo furor, un furor que hoy día ya ni podemos imaginar, impuso la necesidad de tomar posiciones, barrió con los conceptos hasta entonces aceptados y preparó el terreno para permitir el arraigo de los nuevos conceptos de Sangre y Suelo. Su obra fue durante largos años, prácticamente la Biblia de todo nacionalista alemán.

Ambos acontecimientos, influenciándose y complementándose mutuamente, han causado el auge del pensamiento racial y tradicionalista que se apoderó de Alemania pocos años más tarde. Mientras el "mendelismo" conquistó, en un lapso de tiempo increíblemente corto, a todo el mundo científico de la biología, Chamberlain revolucionaba con sus "fundamentos" a toda la estructura intelectual del mundo culto. Ya antes de la Guerra Mundial de 1.914 los dos sucesos, que se produjeron como una explosión justo con el cambio de siglo, amenazaban con poner toda nuestra Cosmovisión y todo nuestro pensamiento, literalmente, de cabeza.

La velocidad con que se produjo esta evolución espiritual puede verse quizás de la mejor manera en el hecho de que en Alemania, apenas 35 años después, ya había una legislación que prevenía el aislamiento de la sangre ajena y que trataba de evitar la descendencia con taras hereditarias. Para comprender lo maravilloso de este proceso de

replanteo de todos los valores conocidos baste con señalar que se efectuó en una situación inestable y de guerras internas y externas; en realidad en medio de dos guerras mundiales; hechos todos que sin duda alguna no son del todo favorables para un proceso espiritual.

Es preciso acordarse de estos hechos de vez en cuando. Porque la extraordinaria velocidad con que difundió el nuevo conocimiento de la heredabilidad de cualidades ocasiona que la enorme mayoría de las personas no esté preparada para aceptar sus consecuencias. Incluso para aquellos que saben, o que al menos comienzan a sospechar, que estos nuevos descubrimientos nos colocan de lleno en una nueva dimensión cósmica, se hace difícil, en medio del torbellino de las disputas y discusiones, arribar a una conclusión medularmente pensada.

El que esto escribe confiesa que, en un primer momento, también a él le pasó lo mismo; tampoco ha encontrado persona alguna a la que no le haya sucedido algo semejante. Seguramente es, por ejemplo, relativamente fácil de comprender que la cuestión judía ya no es más una cuestión religiosa sino una cuestión racial¹. Toda la cuestión judía está con ello planteada y resuelta porque, aun cuando a pesar de ello uno pueda todavía conversar acerca de cómo deben ser tratados los judíos, ya no es necesario discutir si pueden, por medio de alguna influencia del medio externo, ser convertidos en indoeuropeos arios; una discusión que se prolongó durante todo el siglo XIX. También es, por ejemplo, fácil de comprender, que toda la cuestión de la criminalidad se ilumina con una luz nueva merced a los conocimientos obtenidos de la ciencia de la herencia de caracteres; el auténtico criminal está hereditariamente condicionado y la construcción de prisiones y de establecimientos de reclusión será, en el futuro, sólo una prueba para el Estado de que sus estadistas no son capaces de discernir el trigo de la cizaña ... y de arrancarla si es preciso.²

Mucho más inquietantes que estas consecuencias lógicas, que están orientadas por así decir a la limpieza interior de la estructura popular, son las que señalan que también todas las cualidades de un Pueblo, de sus hombres ilustres en el Estado y en el Ejército, en la Economía y en el Arte, en el Comercio y en cualquier Empleo han heredado sus cualidades. Lo que hace esta afirmación tan inquietante son las conclusiones que se tienen que sacar de ella. Debemos nuestros grandes próceres, pues, no a la casualidad ni a una especial gracia de la providencia. Nuestros grandes Hombres son una parte del legado de nuestro Pueblo dentro del marco de su composición racial.

Con ello no negamos en absoluto la voluntad divina, actuante sobre la vida individual del hombre común, que condiciona y protege su destino. Tampoco nos hacemos ilusiones de tratar de explicar el milagro del surgimiento de un genio, buscando solamente la herencia de sus cualidades en sus antepasados. No negamos el hecho de una voluntad superior a la humana, no negamos un Poder divino. Pero así y todo no nos queda más remedio que reconocer que jamás ha surgido un verdadero genio, en cualquier Pueblo, que no haya poseído cualidades y predisposiciones que pueden ser comprobadas fehacientemente ya entre sus antepasados. En otras palabras, no negamos que el genio debe su presencia a un especial don divino, pero afirmamos que un Genio sólo puede manifestarse plenamente dentro del marco de posibilidades que por herencia, le han legado sus antepasados.

Este hecho es inquietante y nos obliga al mismo tiempo. Porque nos conduce a tomar conciencia de que nosotros mismos, pero también de nuestro Pueblo, disponemos de un conjunto de cualidades que debemos a nuestros antepasados. Con ello todas las cosas a nuestro alrededor, nuestra vida pública así como la privada, obtienen un nuevo enfoque y una nueva valoración. Porque las realizaciones de nuestro Pueblo, en la época actual, no pueden entonces ser separadas de sus realizaciones a lo largo de la historia. Esto

significa, llevado hasta sus últimas consecuencias, que toda la ilusión del siglo XIX acerca del infinito progreso de la humanidad puede tener su parte de verdad en las cosas que nosotros, los Hombres, podamos inventar y construir pero que ya no es válido para evolución del Hombre mismo, ya que este encuentra en su haber una magnitud determinada por las cualidades y condiciones de su raza. Si hoy somos capaces, como Pueblo, de realizar algo, eso lo debemos a las corrientes raciales que ya han estado presentes a lo largo de toda nuestra Historia. Y en el futuro seremos capaces de realizar y de crear tan sólo aquello que pueda ser hecho a través de la sangre de nuestros hijos y nietos. La cuestión decisiva de todo esto es que: *la comunidad popular es una comunidad étnica*. Con ello surge una pregunta clave: ¿Qué hacemos para mantener y para multiplicar este insustituible tesoro popular que es nuestra sangre, nuestra capacidad vital como Pueblo?

Porque una cosa está clara: si todas nuestras cualidades dependen tanto de la herencia de nuestros antepasados, podemos quizás, discurrir acerca de a qué gracia divina deben agradecer dichos antepasados la adquisición, en épocas prehistóricas, de aquellas cualidades. Pero jamás podremos poner en duda que sencillamente no está en nuestras manos transmitir cualidades hereditarias de otro modo que no sea el del proceso biológico de la concepción y del nacimiento. Pero por sobre todas las cosas ya es absolutamente indudable que la fabricación de cualquier cualidad que fuese, de manera *artificial*, que supuestamente vendría a complementar nuestra idiosincrasia étnica, corresponde al fabulario de los estúpidos ajenos a la realidad. *Lo que somos y lo que, como Pueblo, aún podemos llegar a ser, eso lo decide nuestra composición étnica*.

Tales consideraciones y afirmaciones son sólo la consecuencia directa de los hechos científicos que nos fueron dados a descubrir a principios de siglo. Parecen ser sencillos y casi sobreentendidos, pero poseen una fuerza terriblemente revolucionaria si se las piensa y si se ponen en claro sus consecuencias. Pensemos solamente, detenidamente, en esto: las más valiosas y substanciales cualidades de nuestro Pueblo, su composición étnica, son un bien nacional que es único y que no puede volver a crearse. Lo que no puede mantenerse por medio de concepción y nacimiento está irremisiblemente perdido; como si se tirara un tesoro al océano, en su punto más profundo. No hay fuerza en el mundo capaz de sacar nuevamente a la luz este tesoro perdido, irremisiblemente, para siempre. Exactamente de este modo es la cuestión con las cualidades hereditarias de un Pueblo, cuando estas cualidades se extinguen sin descendencia. Un Hombre o una Mujer que tirasen sus bienes al mar, en donde se perderían por la eternidad de los tiempos, podrían ser realmente llamados dementes o tontos. ¡Sobre este hecho no cabría duda alguna! Y aquél que manejase de manera semejante a los bienes nacionales, o a los tesoros de otro orden, únicos e irrecuperables, de la fortuna popular, debería estar inexcusablemente sujeto a un proceso criminal por daño infligido al patrimonio de la Nación, en caso de que el manicomio no lo adoptara misericordiosamente.

¿Pero qué hacemos con la enorme cantidad de bienes que hemos heredado de nuestros antepasados? ¿Qué hacemos con este tesoro único e irrecuperable que nuestros antepasados nos han transmitido y colocado en nuestras manos responsables juntamente con nuestra misma sangre? Que cada uno se pregunte a sí mismo; que cada uno eche un vistazo a su propio círculo; la respuesta, en general será lo suficientemente vergonzante.

El Hombre no se deja fabricar en tubos de ensayo. Ante el secreto de la formación de la vida, la creación ha extendido un velo que ninguna mano humana podrá correr jamás, aunque el Hombre investigue y descubra los más pequeños detalles de proceso vital. Esta negación del conocimiento último acerca del origen de la vida es una ley básica de la vida humana simplemente, y una parte del ordenamiento de la existencia tal como la creación la ha constituido sobre el mundo.

Existen actualmente muchas personas que no quieren seguir hasta sus últimas consecuencias las cuestiones sobre el valor y la pérdida de cualidades étnicas hereditarias. Estas personas piensan que si hemos podido inventar aviones, trenes, teléfonos y radios, sí inventamos tanto y si en todo los campos del saber se progresa tan rápidamente ¿por qué no podrá algún genio, alguna vez, inventar en el laboratorio la manera de transmitir cualidades hereditarias? Pero el que exige semejantes cosas olvida que hay infinidad de cosas que podemos inventar, en lo que se refiere a los bienes materiales de este mundo, pero que descubrir el secreto de la Vida nos está negado. Nuestro mismo idioma nos señala que "descubrimos", en realidad, aquello que de alguna manera ya existía anteriormente: porque lo descubrimos y por lo tanto, lo que hallamos ya estaba allí, sólo que hasta entonces no lo habíamos encontrado. Las cosas que descubrimos no las creamos; las encontramos simplemente. Nuestros grandes biólogos, nuestros físicos y químicos saben esto perfectamente bien. Aquí están trazadas nuestras fronteras que nosotros, los Hombres, no podamos cruzar.

Ese es un hecho al que más vale que nos acostumbremos. Por más que nos entusiasmemos con todos los descubrimientos y nos quedemos boquiabiertos con el progreso tecnológico de nuestro tiempo. En las cuestiones étnicas, en la medida en que por ello entendamos cualidades humanas, todo devaneo, acerca del progreso termina abruptamente. En las cuestiones étnicas vale sólo lo que está dado, aquello que nos ha sido legado, merced a las leyes de la creación y la vida, a través de nuestros antepasados.

La Única y verdadera riqueza de nuestro Pueblo es su fortaleza biopsíquica. Los bienes materiales de este mundo los podemos perder, como Pueblo o como individuos aislados; y dicha pérdida no nos traerá mayores consecuencias mientras consigamos mantener incontaminada nuestra salud biológica y psíquica como conjunto étnico, porque manteniendo nuestra fortaleza biopsíquica podremos reconquistar, en cualquier momento, los bienes materiales perdidos.

Ese fue el error fundamental cometido por la Sinarquía después de la Primera Guerra Mundial. Los enemigos de Alemania creyeron que lanzando sus Pueblos - y principalmente entre ellos al Pueblo judío - al saqueo de la estructura económica alemana, Alemania, como Nación, estaba acabada. Olvidaron la capacidad del Pueblo alemán, una capacidad que nace de su composición étnica, y olvidaron también que esta capacidad podía reconstruir en un lapso increíblemente corto, todo lo que se había saqueado y depredado. Mucho más peligroso y cruel, pero mucho más certero también en lo que hace a la verdadera cuestión esencial, fue el duro concepto de Clemenceau: " ¡Sobran 20 millones de alemanes sobre este mundo! *Recién cuando se consigue vaciar la fuente vital, proveedora del valioso elemento humano, recién entonces comienza un Pueblo a debilitarse, a desvalorizarse y a empobrecerse.*"³ Valga como ejemplo pues que lo que no pudieron lograr los acuerdos de Münster - en 1.648 - y de Versailles con el Pueblo alemán, está a punto de ser logrado merced a la tremenda sangría ocasionada por la Segunda Guerra Mundial. Y sobre todo, merced a la terrible apatía nacional que parece haberse apoderado de este gran Pueblo.

Merced a nuestra ideología conocemos el concepto de patrimonio nacional. Conocemos también el concepto que abarca del individuo que atenta contra este patrimonio nacional. Nuestra Revolución prevé miles de medidas para evitar que este patrimonio se dilapide. Pero todas estas medidas nunca conseguirán más que evitar la pérdida de nuestros bienes materiales o la pérdida de nuestra fortaleza espiritual; no llegan a ejercer una influencia decisiva sobre nuestra salud biopsíquica. Por cierto que nuestra Revolución prevé medidas de eutanasia y de profilaxis social, pero es necesario tener presente que, aun estas medidas solamente preventivas, no representan todavía un

incentivo constructivo en el sentido de la reproducción del elemento humano más valioso.

No deseamos ser malinterpretados: siempre sucede que aún el mejor de los suelos permite el crecimiento de la cizaña si el campesino no la elimina por algún medio. La capacidad productiva de ese suelo está determinada tanto por el cuidado brindado a la siembra, como por la erradicación de la maleza. En este sentido, las medidas de profilaxis que nuestra Revolución ha previsto, sólo consiguen alejar del campo la maleza, preparándolo para una buena siembra. Pero corresponde a todos y cada uno de nosotros el efectuar realmente esa siembra y continuar cuidando de nuestro campo para asegurarnos los beneficios de una buena cosecha.

En estas cosas relativas al cuidado y al mantenimiento de las capacidades hereditarias de un Pueblo estamos todavía en pañales. Ya ha sido mencionado al comienzo que esto se explica por la extraordinaria velocidad con que se desarrollan todas las cuestiones conectadas con este tema. Los nuevos conocimientos se acumulan a pasos agigantados desde principios de siglo. Es posible que debamos comprender mental y espiritualmente primero - y por sobre todas las cosas asimilarlo debidamente - que hay en marcha toda una revalorización de todos los valores, merced al descubrimiento de la heredabilidad de cualidades, es decir: merced al descubrimiento del factor étnico y biopsíquico, antes de que estemos dispuestos a aceptar las consecuencias de todas estas cuestiones. Comprendemos sólo lentamente, como alguien que recién despierta de un pesado sueño y comienza poco a poco a comprender las cosas que lo circundan, estando como está, todavía entre el sueño y la vigilia, que nos hemos metido en un mundo de nuevos conocimientos y, con ello, en un mundo de nuevos valores. Un nuevo mundo del pensamiento que está a punto de confundirnos y de atemorizarnos. Y en el cual, a pesar de todo, intuimos y reconocemos conscientemente que se trata del mundo de una nueva realidad nuestra ante la cual deberemos adoptar, interior y exteriormente, una posición definida y que deberemos dominar porque de alguna manera el destino nos ha llamado para ello. De la danza macabra de las ilusiones de un mundo del pensamiento que se hunde, surge, nueva, la Cosmovisión que afirma el valor y la perennidad de los factores étnicos y su extraordinaria importancia en la vida de los Pueblos.

La capacidad biopsíquica de nuestro Pueblo es su única riqueza. Esta es una frase terrible pero, al mismo tiempo, aleccionadora. Como un relámpago aparece, de repente, esta gran verdad ¿Qué significan las leyes, para qué sirve la economía, qué haremos con nuestros inventos si todas estas cosas no pueden mantenerse o desarrollarse mediante la capacidad biopsíquica que las creó? No hay nada eterno en este mundo que esté formado por la materia de este mundo. Pero la capacidad biopsíquica de un Pueblo puede mantenerse eternamente si éste Pueblo reconoce las leyes vitales que rigen su composición étnica y si está dispuesto a vivir de acuerdo a ellas. Hay Pueblos que pueden enorgullecerse de tener mil años de historia. ¡Pero qué institución, qué sistema político, qué forma de producción económica podría figurar, en este milenarismo proceso de la vida de un Pueblo así, como un factor decisivo! Lo único que mantiene y da vida a los Pueblos de tradición milenaria es su capacidad biopsíquica heredable. *Los accidentes institucionales de un Pueblo no son nada; su composición étnica lo es todo.*

En la vida de todo Pueblo pueden suceder muchas catástrofes. Un Pueblo puede ser derrotado, robado de sus bienes, vilipendiado y ridiculizado. Puede caer tan bajo que cada uno de sus integrantes se avergüence de su situación. Pero todo esto no será nunca decisivo. Ese Pueblo podrá volver a levantarse mientras por las venas de los individuos que lo componen corra la misma sangre que una vez lo hiciera grande y respetado. *El destino de todo Pueblo depende de su raza.*

El reconocer esta verdad que la Historia comprueba y demuestra a cada paso nos toca muy de cerca: todo aquel que se preocupe por el destino de su Pueblo debe comenzar por tomar conciencia de este hecho irreversible.

En efecto, ¿qué hacemos nosotros? ¿Somos conscientes de nuestro actual estado y de todas las consecuencias que implica? La respuesta se da rápidamente: ¡indudablemente no! Seguramente hemos sido los primeros en discutir abiertamente el tema; hemos también tomado algunas medidas tendentes a establecer medios y modos para estar a la altura de la tarea. Pero al individuo aislado de nuestro Pueblo le pasa lo mismo que a las altas montañas de una cordillera: son las primeras en sentir el sol y son también las primeras en ser iluminadas por el mismo; pero la noche tarda mucho más en desaparecer de los valles.

Si hoy hiciéramos un inventario de la capacidad biopsíquica heredable potencial de nuestro Pueblo, nos aterrorizaríamos porque este inventario nos revelaría que no nos quedan muchas esperanzas para mantener vivo y actuante el carácter de nuestro Pueblo en el futuro. ¡Oh no! ¡Y hasta todo lo contrario! Tenemos aún estirpes y factores étnicos valiosos como pocos Pueblos. Pero es realmente terrible ver como vastos círculos del Pueblo dilapidan, en medio de la despreocupación y de la irresponsabilidad más absoluta, la valiosa masa hereditaria, la irrecuperable sangre de nuestros antepasados, dejándola correr sin fijarla en una descendencia adecuada. En todas las cuestiones de nuestro quehacer político predicamos que el bien de la Comunidad está antes que el bien particular y egoísta. Pero en lo referente a llevar este principio al terreno del único bien que no podemos producir artificialmente, que es la capacidad biopsíquica de nuestro Pueblo, apenas si hemos pasado de la dilucidación de la pregunta en absoluto.

En cuestiones biopsíquicas es lamentablemente válida - hasta legalmente en parte - la idea de que el beneficio particular puede preceder al bien de la Comunidad. Sólo de una manera lenta puede imponerse aquí la idea nacionalsocialista. En las cuestiones en que al menos nos hemos puesto a realizar una tarea de precursores (p. ej. la Ley para prevención de descendencia hereditariamente enferma, las Leyes de Nürnberg, etc.) la gran masa del Pueblo alemán todavía no comprende su tremendo significado. Todavía nos falta una legislación que establezca la protección y que fomente las condiciones favorables a la multiplicación de las estirpes más valiosas de nuestro Pueblo, regida por el principio que el bien de la Comunidad debe preceder al beneficio particular. La reforma de la legislación vigente, en consonancia con este punto de vista, sería un paso revolucionario de primera magnitud.

Parece ser que si no conseguimos hacernos a la idea de comprender los valores étnicos y de dominar la tarea de cultivar los factores raciales más valiosos. Pero posiblemente deberemos primero compenetrarnos espiritualmente de la importancia del factor étnico antes de que podamos un día juntar la fuerza suficiente como para hacer vivir esta convicción mediante medidas correspondientes, en la legislación de nuestro Pueblo. Recién cuando el valor de lo biopsíquico se convierta en condición, fundamento y eje de todas nuestras consideraciones, podrá producirse el cambio en nuestro Pueblo y podrá convertirse la época de la negación, del factor étnico en una época de afirmación del mismo. Recién entonces habrá comenzado el reordenamiento de nuestro pensar y se habrá reorientado nuestra Cosmovisión hacia la afirmación de las leyes fundamentales de la vida. Entonces comprenderemos que este siglo es el siglo de lo biopsíquico, es decir: el siglo del redescubrimiento de las leyes naturales que rigen la vida de los Pueblos.

Si se nos pregunta como debe comenzar este reordenamiento de nuestro pensar, contestamos: No es con disquisiciones pretenciosas, pero vacías de contenido real, acerca de los pro y los contra de esta cuestión que haremos justicia a los deberes que

nos impone nuestra Cosmovisión. Con el reordenamiento de nuestro pensar debemos comenzar en nosotros mismos. Porque solamente comprendiendo clara e íntimamente los alcances del problema podrá esta claridad íntima reflejarse en nuestra voluntad para lograr la realización de las medidas pertinentes y necesarias. Recién entonces caerán sobre suelo fértil las discusiones acerca de las medidas a tomar. Debemos liberar nuestro mundo mental de los esquemas y de las barreras de una cultura y una educación superadas que permiten pasar por alto la cuestión biopsíquica. En el ámbito de nuestra actividad pública, en el campo de la legislación, en el campo de la economía, del arte, de la ciencia, etc. nuestras concepciones deben obtener una valoración exclusivamente desde el punto de vista biopsíquico, es decir: desde el punto de vista del Hombre real. *Y debemos comprender que, en el futuro, todo aquél que niegue el valor de lo biopsíquico se convertirá en enemigo de nuestro Pueblo.*

Debemos colocar al Hombre real en el primer plano de todas nuestras consideraciones y especulaciones. Porque este hombre real es el portador vivo de nuestros valores más trascendentales. Y esta es una exigencia fácil sólo en apariencia. A muchos hasta podrá parecer algo sobreentendido. Sin embargo, y a pesar de ello, esta exigencia es la condición previa para la mayor revolución espiritual, en todos los ámbitos de nuestra vida pública, que jamás se diera. Especialmente en el campo del derecho constitucional, pero también en el campo del derecho público y privado, en el área económica y en la legislación social, en suma: en casi todos los ámbitos de la vida de nuestro Pueblo la revolución biopsíquica tiene una importancia trascendental. Las consecuencias de esta revolución, por su parte, son tan vastas que podremos hoy suponerlas pero no podemos ni imaginarlas en su totalidad. Sobre todo no debemos creer que el reordenamiento de nuestro pensar hacia la afirmación de los valores étnicos encontrará su materialización en medidas adecuadas en corto tiempo. Para ello la revolución de todos nuestros fundamentos espirituales, ya superados por la realidad, es demasiado tremenda. Nuestro siglo quizás sólo alcance apenas para construir las bases espirituales y científicas sobre las cuales nuestros hijos y nuestros nietos podrán construir sus medidas de gobierno tendentes a garantizar el cuidado y la multiplicación de nuestros valores biopsíquicos.

Pero con lo que hoy podemos comenzar para construir estas bases implica ya dos cosas:

PRIMERO:

Desarrollaremos una nueva relación entre nosotros y nuestros antepasados. Porque todo lo que en materia de predisposiciones y - por lo tanto - de vocación que vino con nosotros al mundo; todas las cualidades que la lucha por la vida pone a prueba cotidianamente; todo ello se lo debemos a nuestros antepasados que nos lo han transmitido por herencia. Indudablemente existe también lo que conquistamos individualmente a fuerza de aprendizaje y de voluntad en nuestra confrontación constante con el mundo que nos rodea, aquello que finalmente nos hace ser una Personalidad. El alcance de la conciencia, es decir: la capacidad de comprensión y de voluntad del Hombre determina su destino. Pero las bases hereditarias que influyen en nuestra capacidad cognoscitiva y que ni la más férrea de las voluntades puede sobrepasar a fin de afirmar la Personalidad sobre este mundo, son con todo, condiciones previas a nuestra existencia y nacen en el momento en que nosotros mismos nacemos: *nuestras predisposiciones hereditarias se las debemos a nuestros antepasados.*

Se puede expresar esta verdad también en la siguiente frase: *¡Piensa en que las bases fundamentales de tu existencia se las debes a tus antepasados!*

Es muy cierto que podemos dilapidar o bien volcar responsablemente en la lucha por la vida cotidiana el legado hereditario de nuestros antepasados; ¡a este legado único podemos honrarlo o deshonrarlo! En esto Dios nos ha regalado su confianza y nos permite ser dueños de nuestro propio destino y hacer valer nuestra voluntad. En esto es en lo que Dios nos ha elevado inconfundiblemente sobre el nivel del resto de los animales. La voluntad es la chispa divina en nosotros y nos fue dada para desplegar nuestras fuerzas y para actuar y construir en nuestro medio ambiente. Pero esta voluntad está doblemente condicionada: primero por las leyes cósmicas que rigen el Orden Universal de la creación y segundo por las posibilidades hereditarias de la personalidad que actúa y construye. Nunca podremos escapar del marco de posibilidades que nuestros antepasados nos han legado. ¡Y jamás deberíamos olvidarlo si no queremos ir por la vida de fracaso en fracaso! A la voluntad y a nuestras posibilidades heredadas no debemos ni infravalorarlas ni sobreestimarlas; recién el actuar conjunto de ambos factores eleva al Hombre al rango de Personalidad.

A nuestros antepasados podemos honrarlos solamente si los mantenemos vivos en nuestra conciencia y en la conciencia de nuestros descendientes. Si no sabemos quiénes y que fueron nuestros antepasados, tampoco podremos representarnos sus figuras y honrar su memoria.

De un tiempo a esta parte se ha puesto de moda el citar la estrofa final del viejo poema del "Edda" (67-69):

**La propiedad muere
y mueren las estirpes.
Tú mismo, como ellas morirás
Pero yo sé de algo
que vive eternamente:
Los muertos y la gloria de sus hechos.
¡Ellos habrán de perdurar!**

Y aquí uno siempre quisiera preguntar: Con permiso: *¿cuándo y por medio de quién?*

Porque si los héroes se hubieran olvidado de tener descendencia, tampoco habría nadie para testimoniar acerca de la gloria de sus hechos. Y los germanos de la época del Edda tenían aún una idea sumamente clara al respecto. Pero eso es que el poema, significativamente, comienza con la siguiente estrofa:

**Un hijo es mejor
aun cuando ha nacido tarde,
Después de la partida del padre
el dueño de la casa,
ni una lápida descansa
a la vera del camino
si un hijo no la pone**

No se debería citar nunca más la estrofa final del Edda sin citar también su premisa condicionante, vale decir: la primera estrofa.

Muchas personas, recién después de la obligatoriedad legal de demostrar su ascendencia implantada en 1.933, han tomado conciencia de quién descienden en realidad.

Algunos han conseguido con ello una relación completamente nueva respecto de su pasado, pero también respecto del presente. Con orgullo miran muchas personas hoy hacia atrás, hacia sus antepasados, volviendo a sentirse nuevamente eslabones de una cadena milenaria.

(Escrito en 1.941 N. del T.). Volvemos a encontrar un sentido en el acto de honrar a nuestros antepasados. Aún cuando tengamos muchas veces serias dificultades para volver a tener la posibilidad de honrar los lugares en los que yacen sepultados nuestros progenitores.

Muchas necrópolis ya no son hallables hoy día; muchas son de difícil acceso, muchas otras han sido rellenadas atendiendo a frías y lógicas razones de utilidad práctica. Desgraciadamente este es un hecho. Y con este hecho debemos resignarnos desde el momento en que está dado así.

Pero aquél que quiera honrar a sus antepasados tiene otros caminos para transitar que no son la visita obligada a sus tumbas. Antiguamente, en todo hogar de estirpe, había un rincón dedicado a los antepasados. Este era el profundo sentido de los cuadros genealógicos y de los retratos que figuraban en todo hogar de toda gran familia. En momentos difíciles, nuestros padres solían acudir a este lugar de su hogar para mantener un diálogo íntimo con los antepasados y para dar cuenta de sus actos y de la manera en que habían cumplido con sus responsabilidades. Aquél que convierte esta costumbre en un hábito fijo e inamovible pronto notará que, pasando algunas horas libres en un rincón de su hogar dedicado a sus antepasados, le nace una extraordinaria fuente de fuerza espiritual. Porque el deber de rendir cuentas por nuestros actos ante nuestros antepasados obliga en una medida mucho mayor que la más rígida de las legislaciones. Para el Pueblo alemán, este diálogo íntimo con nuestros antepasados no es nada nuevo. Para nuestros progenitores, en realidad, fue siempre la cosa más natural del mundo proceder de esta manera. Nuestro idioma incluso ha mantenido la imagen de cómo nuestros progenitores se imaginaban este diálogo íntimo con sus antepasados. El idioma alemán refiere a la experiencia íntima, a la voz interior, todo lo que sabemos acerca de nosotros mismos sin poderlo referir a situaciones y condiciones exteriores. Nuestros progenitores creían que esta voz interior provenía de los antepasados quienes de esta manera, podían comunicarse con nosotros. Cuando nuestros antepasados ("Ahnen" en alemán. N. del T.) nos hablan mediante esta voz interior, nosotros sentimos que vislumbramos, barruntamos, entrevemos, sentimos que algo, "*nos parece*" ("ahnen" en alemán. N. del T.) y lo llamamos nuestro parecer ("Ahnung" en alemán N. del T.).

Que hoy podamos o queramos reconocer, o no, estas equivalencias conceptuales no quitan ni agregan nada al hecho de que nuestros antepasados si entendieron y comprendieron estas relaciones de la manera citada, prueba de lo cual es el idioma que las ha mantenido de una manera inconfundible.

En otro orden de cosas, podríamos dar un paso realmente importante en la cuestión de arraigar nuevamente al campesino a su suelo, si volviéramos a la vieja costumbre de sepultar nuestros hombres y nuestras mujeres de campo en el mismo suelo en el que han vivido. No sería, de este modo, tan fácil a los hijos y a los nietos abandonar la tierra de sus padres. El hijo o el nieto no correría con tanta facilidad hacia los aparentes placeres que brindan las grandes ciudades si el abandonar la granja, el campo, la chacra o la estancia en que trabajaron y murieron sus antepasados implicaría también abandonar las tumbas en donde yacen enterrados para siempre. Recién entonces comenzaríamos seriamente a llevar a la práctica el pensamiento de Sangre y Suelo. Cuando el arado del campesino vuelva a abrir surcos en la tierra cerca de las tumbas de sus progenitores, cuando el campesino realice su tarea en la cercanía inmediata del

lugar en que yacen sus antepasados y haga su vida con la conciencia plena de ser, él mismo, a su vez, también progenitor en el mismo suelo de sus progenitores.

Posiblemente no haya satisfacción mayor para un hombre arraigado a su tierra que la de ser sepultado en el mismo Suelo que ha merecido el trabajo de toda una vida; la de saberse honrado por sus descendientes en el mismo y exacto lugar del trabajo cotidiano y, al mismo tiempo, la de saber que desde el lugar del postrer descanso se podrá bendecir la tarea de hijos y nietos. Una tarea que ha sido la de toda una vida de uno mismo.

SEGUNDO:

Deberemos ocuparnos de gestar descendientes que sean dignos de nosotros mismos o que incluso nos sobrepasen. La frase: *Piensa en que tienes antepasados* tiene como consecuencia inevitable esta otra frase: *¡Piensa en que debes convertirte en progenitor!*

Aquí nos encontramos con el factor revolucionario quizás más decisivo en la Cosmovisión y en la actitud de este siglo. Porque: o bien consideramos seriamente la convicción de la importancia del factor biopsíquico heredable y sacamos de él, fría y objetivamente, las consecuencias que trae consigo respecto de la descendencia de nuestro Pueblo para luego no asustamos de medios y métodos completamente nuevos, o bien dejamos las cosas cómo están lo cual implica, necesariamente, la decadencia histórica de nuestro Pueblo. Aquél que, en este siglo que ha descubierto la importancia trascendental del fenómeno de la herencia, no se atreva a seguir hasta sus últimas consecuencias la cadena de estos pensamientos, o bien no quiere pensar de acuerdo a las leyes biológicas de la vida o bien se asusta, por cobardía espiritual, de consecuencias lógicas que le son incómodas; porque son nuevas para una manera de pensar atascada. Y aquí se revela otra férrea ley fundamental para todo Pueblo: *¡No existe Historia sin una raza que la haga vivir!*

Si el factor biopsíquico ha de convertirse en el eje de nuestra Cosmovisión, entonces el niño debe volver a convertirse en sentido y objetivo de nuestra existencia: *¡Lo importante son nuestros hijos, los productos de nuestra propia sangre!* Porque si la capacidad biopsíquica de nuestro Pueblo es su única riqueza real y verdadera, sus hijos constituyen la única garantía de su inmortalidad. Y con esta afirmación estamos en el centro exacto de la gran revolución espiritual de nuestro tiempo, en una revolución que probablemente pueda llamarse la más integral de las que puedan pensarse en absoluto.

Nos hemos acostumbrado a hablar del surgimiento y de la desaparición de los Pueblos como de algo inevitable. Especialmente desde "La decadencia de Occidente" de Spengler se ha construido toda una escuela científica sobre estas líneas de pensamiento; una escuela que hace surgir, madurar y morir a los Pueblos igual que a los individuos. Lo tambaleante de las premisas de la estructura intelectual de esta escuela se puede comprender tomando solamente Historia de Alemania, porque si hoy (1.941 N. del T.) nos encontramos nuevamente en medio de una Guerra Mundial pues ciertamente ello no se debe a que estamos en decadencia sino a que el resto del mundo envidia la fuerza vital del Pueblo alemán. No se nos combate porque estamos acabados sino porque nos hemos atrevido a realizar una de las revoluciones más integrales de la Historia de la Humanidad. Pero nuestro Pueblo es el Pueblo históricamente más antiguo de Europa si tomamos como punto de referencia a la introducción del cristianismo entre los germanos. Y los pueblos que nos combaten son todos más jóvenes históricamente hablando. La teoría de Spengler y las causas biopolíticas de esta guerra se contradicen.

Pero la prueba más lapidaria en contra de la tesis de que los Pueblos son mortales, igual que los individuos, es la existencia de China. Este Pueblo vive desde hace siglos, y con toda probabilidad, continuará viviendo durante siglos. Y justamente en este Pueblo las causas y las consecuencias de este hecho están claramente a la vista. Al poner la doctrina moral de Confucio el imperativo de una numerosa descendencia, como garantía de una adecuada honra a los antepasados, en el fundamento mismo de la Cosmovisión china, Confucio aseguró para su Pueblo la inmortalidad encarnada en un numeroso ejército de niños. Aquí reside todo el secreto de la desbordante vitalidad del Pueblo chino que, independientemente de sistemas políticos o de golpes de Estado, se reproduce vertiginosamente y compensa con ello fácilmente todos los reveses del destino, todas las depredaciones y todas las pérdidas. El Pueblo chino y la doctrina moral de Confucio rebaten a Oswald Spengler.⁵

De una manera completamente análoga ha actuado el culto a los antepasados presente en el sintoísmo de Japón. También el Pueblo japonés se ha mantenido vivo y fuertemente activo como consecuencia a un profundo respeto por la Tradición. Los japoneses tienen estirpes cuya historia familiar documentada se remonta a épocas muy anteriores a la aparición de los Teutones sobre suelo europeo. Imagínese, como ejemplo comparativo, que los descendientes de Tarquino el Soberbio estuviesen hasta hoy día en el mismo feudo en el que naciera el monarca y que guardasen celosamente las Memorias de todos sus notables antepasados. Medido en esta escala adquiere verdadero significado lo que implica la tradición japonesa.

Si como Pueblo queremos sentar los fundamentos para un devenir milenario entonces deberemos reaprender todo lo relacionado con la cuestión del mantenimiento de nuestra nacionalidad; una cuestión que implica resolver los problemas planteados por nuestra descendencia. Tendremos que volver a colocar firmemente dentro de los alcances de nuestra Cosmovisión al proceso de gestación y al resultado de esta gestación, al niño, igual que los chinos y los japoneses, y deberemos además orientar toda la cuestión relativa al niño hacia el objetivo de la inmortalidad de nuestro Pueblo.

Hoy todavía cometemos el error de valorar, en todas las cuestiones relativas al niño, demasiado a las apariencias exteriores que están conectadas con la gestación del niño, pero no tomamos como medida valorativa exclusiva para todas nuestras consideraciones al fruto de esta gestación. Es innegable que, de acuerdo a la concepción general de muchas personas, para muchos es más importante verificar las condiciones en las que un niño ha nacido que inquirir acerca del valor hereditario que ese niño pueda traer consigo. La pregunta de "legítimo" o "ilegítimo" por ejemplo tiene hoy día todavía un papel importante, para muchos un papel decisivo incluso. Sólo pocas personas inquieran primero y fundamentalmente acerca de los valores hereditarios que un niño pueda traer consigo antes de ponerse a investigar las apariencias exteriores y las condiciones externas de su nacimiento. Y aunque la comunidad no puede ni debe pasar por alto todas las cuestiones relativas a la moral, a las costumbres y a las influencias del medio, lo realmente importante, en última instancia, para la Comunidad es el valor hereditario que cualquier niño trae consigo al mundo desde el momento en que todo niño algún día será miembro adulto y activo dentro de la Comunidad.⁶

Y valga esto solamente como hecho, como premisa real y concreta para toda dilucidación de cuestiones referentes al niño de nuestro Pueblo. Con ello de ninguna manera se pretende distorsionar el concepto del matrimonio o promover oficialmente el concubinato. Originalmente el concepto de Familia, es decir el concepto de matrimonio o casamiento, estaba conectado a una idea de eternidad. (Así p. ej. el concepto del "hogar"; el fuego sagrado, dentro de la casa de una familia, que no debía apagarse jamás. N. del T.). El matrimonio, la Familia, sirvió - como concepto y como institución

- a nuestros antepasados para prolongar una estirpe mediante la eterna cadena de las generaciones o, lo que es lo mismo, para mantenerla viva toda una eternidad. Sentido y objetivo del antiguo matrimonio ario fue el hijo. Las antiguas leyes agrarias alemanas todavía lo demuestran de manera inconfundible e intergiversable.

En Alemania, recién el Código Civil implantado en 1.900 con su fundamento racionalizante desplazó el criterio del hijo como sentido y objetivo del matrimonio para dar lugar a la idea, completamente ajena a nuestra disposición biopsíquica, de la satisfacción personal de ambos esposos. El liberalismo ha trastocado los valores también en esto, dejando que el provecho individual se anteponga a los intereses de la Comunidad. También en las cuestiones relativas al matrimonio se hace necesario pues aplicar el concepto nacionalsocialista de que "El interés de la Comunidad está antes que la satisfacción individual".

Con relación a lo anterior séanos permitido señalar que la novelística actual, que coloca la egocentricidad en la relación de los sexos como fundamento de su concepción, tiene como premisa la inversión de valores referidos a nuestra Cosmovisión y a nuestros sentimientos tal como surgiera del proceso histórico liberal y burgués. Existe una diferencia fundamental entre considerar al matrimonio como un deber que dos seres humanos se imponen para perpetuar sus cualidades esenciales y considerarlo como una institución que debe servir para posibilitar la satisfacción egocéntrica de los impulsos de ambas partes, sean estos impulsos de índole espiritual o de índole fisiológica. El camino hacia la moderna literatura se abrió recién cuando el amor, que dos personas sienten el uno por el otro, se convirtió en lo principal mientras que el resultado de este amor, el hijo, pase a un lugar secundario y hasta intrascendente.

Sin duda, esta evolución liberal de nuestra vida emocional también ha presentado aspectos positivos; posiblemente podamos decir que incluso tuvo que ser para disolver formas petrificadas dentro de la vida social de nuestra Comunidad popular, abriendo con ello el camino para una concepción nueva más acorde con las leyes naturales. Pero innegable es también que la sobrevaloración de la egocentricidad, en todos los aspectos que tienen que ver con el amor dentro del matrimonio, ha convertido a la Familia en lo que desgraciadamente podemos observar hoy en infinidad de casos. Los matrimonios actuales frecuentemente dan la impresión de haber sido consumados simplemente para colocar el impulso sexual de las parejas dentro de un marco, digamos, socialmente aceptable y sólo porque nadie ha encontrado ninguna manera mejor de hacerlo. Pero todo aquel que reconoce el hecho de la herencia de capacidades biopsíquicas no puede menos que calificar de inmorales a estos matrimonios sin descendencia o con descendencia fortuita cuando no accidental, a menos que razones biológicas como por ejemplo la esterilidad los justifiquen. Matrimonios como los que hoy abundan son vergonzantes para nuestro Pueblo.

Si se reconocen estas exterioridades, absolutamente intrascendentes, incluso legalmente en la vida social - y eso es lo que hoy hacemos - nadie puede asombrarse de que comiencen a tomar incremento las tendencias orientadas hacia el divorcio o hacia la extramatrimonialidad. Porque en esto la importancia reside mucho más en la Cosmovisión que sirve de premisa a nuestro Derecho Positivo que en las disposiciones legales vigentes. Porque si se permite que dos personas se unan, por pura egocentricidad, en matrimonio y ambos cónyuges no consideren para nada al matrimonio como un deber para perpetuar elementos humanos esenciales y valiosos, entonces no hay ninguna razón real y valedera para no permitir que tales personas vuelvan otra vez a separarse cuando las pasiones han sido satisfechas y cuando esas personas ya no tengan nada nuevo que ofrecerse en este sentido. Pensando hasta las últimas consecuencias, tampoco nadie tiene derecho a escandalizarse si dado ese caso la

relación entre el Hombre y la Mujer se busca por caminos que ya no se encuentren obstruidos por las dificultades formales del matrimonio y el divorcio.

Aquél que en esto quiera mejorar las cosas o curarlas tiene que ir a la raíz del mal y no debe conformarse con haber discurrido acerca de los síntomas de la enfermedad. Tenemos que superar al liberalismo también en lo que hace a la relación de los sexos entre sí y colocar al matrimonio sobre la base de nuestra Cosmovisión. Y esto significa que debemos dar nuevamente al matrimonio la validez que tiene como institución orientada hacia el garantizar la perpetuidad viva de nuestro pueblo dejando de considerarlo como una formalidad de fines egocéntricos. En ese caso el valor del matrimonio volverá a crecer ante nuestro Pueblo y muchas malformaciones aberrantes actuales desaparecerán por sí solas. De modo que si el matrimonio actual ya no se condice con la tradicional idea que de él teníamos, eso no es culpa del matrimonio en sí. Somos nosotros mismos los culpables de que el matrimonio haya comenzado a perder su sentido hasta degradarse en una formalidad puramente exterior o interesada. El liberalismo ha introducido entre nosotros la idea del progreso ilimitado y abstracto debido a individuos autosuficientes. Y la legislación que impuso trató de justificar este tipo de "progreso". Nuestro deber es, por consiguiente, guiar al matrimonio nuevamente hacia su viejo y ancestral sentido y objeto esto es: colocarlo nuevamente al servicio de la perpetuación de las estirpes. El niño, el hijo, debe ser puesto nuevamente como sentido y objetivo del matrimonio. Y con ello se volverá a colocar a la Familia en el puesto que le corresponde y que tradicionalmente siempre tuvo en la vida de nuestro Pueblo.

Nuestro Pueblo está completamente convencido de que, de alguna manera, las cosas no están en orden en este sentido: *¡Nuestro Pueblo busca nuevamente al niño!*

Y en este nuestro Pueblo es guiado por una sensación vital muy segura. Nuestro Pueblo siente que tanto su vieja cultura como sus realizaciones actuales están edificadas sobre cualidades que dependen de su capacidad y de sus valores biopsíquicos. Nuestro Pueblo siente que puede mantener su cultura y afirmar su posición en el centro de Europa solamente si mantiene estas cualidades raciales. Pero estas cualidades se nutren exclusivamente de una fuente genética, se mantendrán y multiplicarán solamente a través de la cantidad y de la calidad de los hijos que nuestra raza sepa tener. Utilizando una terminología económica se podría decir que las cualidades biopsíquicas de un Pueblo que no se invierten en los descendientes son como bienes existentes que no producen ningún valor.

Nuestro Pueblo quiere ser un Pueblo prolífico, porque siente con una seguridad total que la única verdadera e imperecedera riqueza que puede legar a nuestros descendientes es una gran cantidad de hijos sanos y valiosos que mantendrán viva nuestras tradiciones en la medida de sus fuerzas y capacidades heredadas.

Muchos métodos se discuten y se recomiendan hoy para volver a convertir a Alemania en una Nación de numerosa descendencia. Una gran mayoría de personas se asusta de la tremenda novedad revolucionaria que esta tarea implica y cree ver toda la solución en un aferramiento a exterioridades superadas relativas al valoramiento del matrimonio. Se exaltan los "buenos viejos tiempos" y se cree haber encontrado la panacea universal en una exagerada valoración de las apariencias exteriores visibles del matrimonio. Y se cree que con ello se volverá a establecer condiciones para favorecer el surgimiento de familias felices y numerosas. Estos círculos pasan por alto que están santificando la cáscara de la nuez y olvida que la nuez es lo esencial en el crecimiento del nogal: ¿para qué sirve la cáscara si la nuez está vacía? Por otra parte estos círculos también olvidan que los "buenos viejos tiempos" no pudieron ser tan buenos si nos han legado una situación de la que sólo con muchas dificultades estamos recién encontrando

medios y modos de salir para volver a encontrar en el matrimonio, bendecido con una descendencia numerosa y valiosa, el fundamento de nuestra conciencia popular. El aferrarse a las formas exteriores del matrimonio no nos devolverá una moralidad que vuelva a hacer fecundos a los matrimonios de nuestro Pueblo. No es la apariencia exterior de la unión matrimonial lo que importa sino el valor vital que el matrimonio posee para el Pueblo. Debemos darle al matrimonio otra vez su antiguo sentido y guiarlo nuevamente hacia su antiguo objetivo. Desde este punto de vista el matrimonio es renovable al punto de ser convertido en una institución comunitariamente responsable. No hay otra vara para medir el valor del matrimonio. El mandamiento supremo ha de volver a ser: *¡Sentido y objetivo del matrimonio es el hijo!*

Otro camino que hoy se menciona muchas veces y que llega en su final, al niño, no obstante deja de satisfacernos por sus premisas. Nos referimos a concepciones que se resisten a proscribir a la madre soltera en aras de aceptar con ello al niño ilegítimo para el bien de la Comunidad. Con respecto a la cuestión del niño ilegítimo esta concepción es seguramente un gran avance, pero en cuanto a la cuestión de la madre de ese niño la posición no está claramente definida. Porque esta actitud puede convertirse más fácilmente en ofensiva que en comprensiva para la madre soltera - quizás inconscientemente - se queda atascada en el hecho de la proscripción de la madre soltera y, en cierto sentido, sólo por un sentimiento de responsabilidad comunitaria se decide a, digamos, perdonarle al niño ilegítimo su condición de tal. Una actitud así es ciertamente más responsable desde el punto de vista comunitario y étnico, y también más justificada que la de aquellas personas que valoran al niño ilegítimo sólo desde el punto de vista de las apariencias externas condenándolo sin miramientos de ninguna clase. Pero no por ello deja de ser una actitud mediocre desde el momento en que se queda a mitad de camino, aceptando al niño pero no logrando definir una posición clara respecto de la madre. Y esta mediocridad, en la concepción acerca de la manera de considerar al niño ilegítimo, tiene consecuencias que pueden observarse claramente: produce entusiasmo en las madres solteras que sólo por despreocupada frivolidad han dado un niño al mundo y solamente produce amargura en aquellas mujeres absolutamente respetables que, totalmente conscientes del paso que daban, dieron a luz uno o varios hijos, ilegítimos porque el destino les negó la posibilidad de encontrar en el matrimonio el sentido de su femineidad para perpetuar sus cualidades y calidades a través de los hijos.

Un tercer camino para convertir a Alemania en una Nación numerosa también se discute mucho hoy día. Aparentemente es un camino fácil pero es por lo menos tan fácil que se convierta en una ruta hacia la tragedia. Nos referimos a lo siguiente: Se dice que el impulso sexual como tal constituye un hecho que sería estúpido negar. A partir de aquí, se afirma que, dado el hecho, es inevitable que tarde o temprano toda joven sana llegue, de alguna manera y alguna vez, al hombre. Se calcula pues con este hecho y se coloca todo el problema, en cierto modo, sobre la base de datos reales. Se toman las relaciones, en cierto sentido, tal como son. Y se caracteriza a la situación - de un modo totalmente correcto por otra parte - diciendo que en la sociedad todo el mundo sabe lo que pasa y nadie hace nada hasta el preciso momento en que todos se apresuran a dictar su veredicto condenatorio cuando aparece la prueba visible de esta situación: el niño ilegítimo. Y aquí es donde se quiere intervenir; no para combatir la relación sexual en sí dado que a ésta se la considera inevitable, sino en el sentido de utilizar provechosamente el niño que ciertamente puede provenir quizás de una vía hasta cierto punto lamentable pero que, al fin y al cabo, implica un crecimiento demográfico que sin lugar a dudas puede ser útil a nuestro Pueblo. Lo más importante de este criterio es indudablemente el coraje para una decisión tajante que presupone la posición así adoptada. Porque está fuera de toda duda posible que la actual actitud de la sociedad,

que tolera en silencio a las relaciones sexuales de las parejas, pero que proscribiera al niño ilegítimo y a la madre soltera es sencillamente una hipocresía repulsiva. Se hace necesario pues exigir aquí una opción clara: o se acaba con la costumbre o se reconocen los hijos nacidos de esta costumbre. Pero a nosotros no nos parece que aquí esté lo decisivo de la cuestión.

Es una sencilla y clara ley de la vida que mientras más evolucionada está una especie la descendencia debe ser más protegida si es que ha de crecer y desarrollarse normalmente. Llevada esta ley al aspecto étnico y biopsíquico de un Pueblo esto significa: No se trata en absoluto de descubrir, por decirlo así, la libre relación sexual como premisa para colocarse en el terreno de las realidades exigiendo, como contrapartida, solamente el nacimiento de niños. El deber decisivo reside mucho más en la protección ofrecida a Madre e Hijo hasta la maduración de este último y son las premisas inherentes a este deber las que deben quedar en claro si es que se quiere poner la cuestión realmente dentro del terreno de las realidades concretas arriba mencionadas.

Un niño alemán no puede nacer de cualquier manera y ser educado de cualquier forma si queremos que se convierta en un Hombre alemán. Un niño quiere y necesita la protección y la dedicación de, en lo posible, ambos padres -o al menos de su madre - si ha de madurar espiritual y físicamente al punto de convertirse en miembro sano y útil de la Comunidad.

Toda la cuestión radica en si la Comunidad tiene o no tiene la voluntad de reconocer a la madre soltera y a su hijo ilegítimo. Si la Comunidad no encuentra una relación justificada y moral con la madre soltera entonces todas las evaluaciones positivas y aún acertadas de las condiciones sociobiológicas no sirven para nada ya que continuarán siendo inmorales a los ojos de la Comunidad nacional, diga lo que se diga.

Para nosotros lo decisivo es la perpetuación de valores biopsíquicos y la adecuada atención del niño. Para el liberalismo lo importante continuará siendo siempre la actitud individual en la relación sexual. Pues somos lo que nuestra Cosmovisión nos exige que seamos o no somos lo que afirmamos ser. Si tenemos esto en claro entonces no será muy difícil encontrar un camino entre la maraña de discusiones. A través de un reordenamiento de nuestro pensar debemos encontrar una nueva relación con el niño. Debemos colocarnos en la posición de que nuestra afirmación de las leyes biológicas vitales nos exige la afirmación del niño, si no queremos que toda la habladuría acerca de valores biopsíquico se convierta en puro formulismo. Pero - y este pensamiento es decisivo - no afirmamos al niño porque sí, por pura cuestión cuantitativa, sino porque, de acuerdo a los descubrimientos científicos de este siglo, estamos plenamente convencidos de la insustituibilidad de los valores positivos biopsíquicos heredables del Hombre.

Afirmamos el valor del niño digno de sus antepasados.

El niño nacido en el seno de nuestra Comunidad debe poder ser digno de sus antepasados. Esta es la exigencia moral de nuestro tiempo. Si el niño, por parte de ambos padres, es digno de sus antepasados, entonces tanto el niño como su madre son, para nosotros, intocables. En qué condiciones externas ha venido un niño así al mundo se convierte, consecuentemente, en una cuestión de importancia secundaria.

Matrimonios que permanecen conscientemente estériles, en la medida en que razones biológicas no les obliguen a ello, y matrimonios que tiran hijos al mundo sin preocuparse por arraigarlos en la tradición de la estirpe tienen entonces, para nosotros, el mismo valor que las uniones cuyos frutos son debidos a una irresponsabilidad extramatrimonial o el de aquellas uniones cuyos frutos son biológicamente ineptos.

Creemos que el concepto de "niño digno de sus antepasados" puede servir de punto sólido de referencia para encontrar una posición clara en el actual fárrago de opiniones

relativas al niño ilegítimo y para crear nuevas bases a fin de poder construir una nueva moral que esté en consonancia con las leyes biológicas que rigen la vida sobre todo el planeta.

El niño digno de sus antepasados significa reconocer básicamente el valor de la crianza y la educación. Porque si alguien quiere que su hijo sea digno de él y de sus antepasados debe criarlo, es decir: debe hacerlo nacer y educarlo bajo premisas y en un medio que facilite, en un todo, el desarrollo de sus facultades positivas al punto que sus progenitores puedan, legítimamente, sentirse orgullosos de él.

La crianza y la educación constituyen la ciencia que aplica los conocimientos de las ciencias naturales. Después de que en este siglo hemos aprendido que existe una heredabilidad de cualidades humanas es de toda lógica exigir que la crianza de niños se oriente en este sentido. Es posible que el trasladar el concepto de crianza al ser humano tenga, durante mucho tiempo aún, cierto sabor desagradable pero los conocimientos científicos, biológicos y psicológicos que hoy tenemos de este ser humano nos obligan a convertir la crianza en el concepto educacional básico de un Estado Comunitario responsable. *La educación concebida como crianza acorde con las leyes naturales que las distintas ramas de la Ciencia Natural nos han revelado, debe convertirse en el supremo objetivo de la humanidad: ésa es la misión más importante de nuestra época.*

La exigencia premonitoria de Nietzsche: "No debes crecer en extensión sino en altura" y que para él era sólo una esperanza visionaria, se convierte para nosotros en certeza que nos impone una actitud responsable frente a nuestro Pueblo y a nuestra sangre. Podemos predecir que, esencialmente, el siglo XX no será, en realidad, el siglo de la técnica. Todo lo contrario, será el factor biopsíquico, el factor racial, el que se convertirá en el eje central de los acontecimientos decisivos de nuestro siglo. Porque solamente Hombres, criados y educados con plena conciencia de sus valores y de su estirpe, tendrán probabilidades de oponerse con éxito a la decadencia.

Está determinado por la Providencia que la semilla del hombre se haga embrión en el seno de la mujer, del cual se desarrollará el fruto que, a su vez, hará surgir un nuevo ser humano. En un eterno círculo vicioso de la existencia se cumple esta ley para mantener a la especie. La mujer es como la tierra fértil que el campesino necesita para poder cosechar trigo. Y como la tierra condiciona la bondad del fruto también así condiciona la mujer la calidad del hijo. Seguramente, también una buena tierra fracasa cuando recibe una mala siembra o cuando no se la cosecha como es debido; pero también es seguro que hasta la mejor siembra fracasa cuando la tierra no sirve. Se puede elegir también otra comparación: Del modo en que un buen o un mal espejo refleja la imagen, del mismo modo refleja el niño la esencia de su madre. La sangre de la madre determina como el padre habrá de encontrarse a sí mismo en su hijo. En aquellos casos en que la madre esté a la altura de su deber el padre reconocerá su esencia en el hijo y hasta es posible que este hijo lo sobrepase; pero en aquellos casos en que la madre sea inferior, enferma o corrupta el hijo no alcanzará el nivel del padre y hasta es posible que lo deshonre.

Y porque esto es así, por ello la mujer valiosa, la mujer sana y de buena familia, tiene que volver a ser para nosotros lo que fue para nuestros antepasados: objeto de infinito respeto. El concepto de "respeto" significa, lógicamente, no una lejanía sexual hipócrita sino un aprecio legítimo al que la mujer debe volver a hacerse merecedora. La mujer sana, valiosa y de buena estirpe volverá a ser respetada. Porque en ella honraremos a la más bella y a la más duradera expresión de nuestra misma especie. Aquél que irresponsablemente se atreva a tocarla habrá manchado con ello el honor de la Nación y será castigado en consecuencia. Y esta es otra nueva ley que debe imponerse en el Nuevo Orden que nuestra Revolución implica.

Todos estos son puntos de vista completamente nuevos que exigen un reordenamiento de nuestro pensar en los campos más amplios. Sólo un ejemplo: la belleza, pensada en estos términos y hasta sus últimas consecuencias, la sana belleza de la mujer de nuestra raza ya no es más una simple cuestión artística o una cuestión de gusto personal sino que se convierte en expresión de valores biopsíquicos subyacentes. La belleza como expresión étnica es así una exigencia y un deber al mismo tiempo. La educación del ser humano en el sentido de hacerle comprender la belleza de la criatura humana biopsíquicamente sana implica una Revolución educacional, estética y política de primer orden.

Y no queremos ser malinterpretados: No negamos el alma, o el espíritu, o incluso la inteligencia cuando afirmamos que la belleza es una exigencia y un deber de todo individuo de buena estirpe. Sólo creemos que el alma y el espíritu están exactamente tan relacionados con el substrato étnico como lo está el cuerpo. Recién de la conjunción de lo biológico y de lo psíquico surge la conciencia como principio y fundamento del entendimiento humano y de la capacidad creativa. Recién a partir de su conciencia puede el hombre transformar el mundo que lo rodea ordenándolo de la manera que le dicta su voz interior la que, indudablemente, constituye una predisposición anímica.

No negamos, en consecuencia, al alma cuando afirmamos el valor del cuerpo. Solamente le damos, al alma y al cuerpo, la participación que le corresponde a cada uno en la conformación del ser humano completo de una raza determinada. Un alma noble puede iluminar y embellecer un cuerpo no agraciado; un cuerpo noble sin un alma noble es repulsivo: lo primero nos atrae lo segundo nos asquea. Estas comprobaciones pueden significar muchísimo en la valoración de destinos individuales. Incluso son decisivos cuando se trata de calibrar lo que vale un ser humano como individuo. Pero aún así, esto no quita que en las cuestiones relativas a la especie, es decir: al conjunto étnico de todo un Pueblo, debemos valorar conjuntamente todos los factores biopsíquicos. Y por mucho que afirmemos el valor de todo lo que está más allá de lo estrictamente biológico, no por ello se justifica jamás que olvidemos la belleza física como expresión de un valor que *refleja la perfección y la fortaleza de una especie*.

Señalábamos más arriba que las leyes del Cosmos son categóricas: el hombre se reproduce sólo mediante la mujer. Esta mujer es por consiguiente decisiva para el grado de perfección de los niños que nazcan de ella. Así como las vías del ferrocarril determinan la dirección de un tren, del mismo modo la estructura biopsíquica de la madre determina lo que el niño puede o no puede heredar del padre, determinando con ello el valor hereditario y las posibilidades biopsíquicas del hijo. La mujer es depositaria, guardiana y multiplicadora de nuestras características étnicas. O puede ser todo lo contrario si su estructura biopsíquica difiere fundamentalmente de la nuestra.

Otra de las leyes fundamentales de la vida es que el hombre se justifica ante sus padres del mismo grupo étnico, por sus *realizaciones* que se condicen con sus posibilidades biopsíquicas. La ley masculina de la especie en la lucha por la existencia se llama realización: y no una realización cualquiera sino realizaciones al servicio de su Comunidad y de su Nación. En el hombre siempre es una cosa ridícula que haga ostentación de sus antepasados sin haberse puesto, simultáneamente, a su altura mediante realizaciones concretas que lo hagan digno de sus progenitores. Antepasados ilustres sólo presuponen realizaciones dignas, no son prueba jamás de realización alguna. Recién el logro concreto demuestra al Hombre. Un espíritu noble y un buen porte, además de antepasados ilustres, pueden hacer nacer esperanzas respecto de un hombre; pero la prueba de su verdadera capacidad, será siempre y únicamente lo que ha sabido realizar concretamente para bien de la Comunidad étnica. Sobre esta base descansaba el concepto de la caballería medieval ya que el descendiente de noble

alcurnia era solamente declarado Caballero en virtud de sus acciones y de sus logros y sólo así era aceptado como un par entre nobles pares. También sobre una base similar descansaba el examen que en el medioevo el Maestro tomaba al aprendiz de cualquier oficio; porque recién después de la prueba manual y espiritual pasaba el aprendiz a ser un Maestro entre Maestros. En el cuerpo de oficiales de todo Ejército realmente capaz de glorias la situación es exactamente la misma.

La máxima realización de la mujer, para con su Comunidad y para con su Pueblo, son sus hijos. Y esta premisa básica es siempre válida excepto en el caso de que circunstancias excepcionales condicionen la maternidad. Pero la cuestión de los hijos está conectada a una serie de condiciones previas que la mujer madura sólo puede demostrar tener como Esposa y como Madre. Por lo tanto, la realización más noble de la mujer: el hijo, o mejor dicho: su capacidad para dicha realización, es algo prácticamente imposible de verificar antes del matrimonio o de la elección del esposo en absoluto.

Incluso la fertilidad, el embarazo, no es una prueba decisiva de que una mujer es capaz de ser realmente Madre. El valor de una mujer como Madre es, por lo tanto, inmediatamente inverificable para el hombre. Este sólo puede partir de deducciones mediatas para llegar a una valoración. Belleza y capacidad, salud y buena familia son, en las mujeres de nuestra Comunidad étnica, indicios positivos en los que un hombre puede confiar si desea hacerse un cuadro ideal de la futura madre que le habrá de dar los hijos dignos de sus antepasados. El tener conocimiento de los valores biopsíquicos de una mujer soltera es por ello primordial para el hombre si es que no quiere encarar la fundación de su familia, o lo que es lo mismo: su responsabilidad étnica ante su Pueblo; como un perfecto estúpido. Los hombres realmente capaces de realizar obras meritorias deben aprender a saber elegir Madres que les garanticen hijos dignos y capaces de continuar, defender y perfeccionar esas obras. Y las mujeres realmente valiosas, si quieren verdaderamente ser apreciadas y respetadas de un modo sincero, deben aprender a cumplir acabadamente la más alta misión que la Naturaleza les ha encomendado: ser Madres y Esposas dignas. Para maridos dignos y para hijos mejores.

Todas estas afirmaciones implican fundamentalmente una importancia del cuerpo como expresión de nuestra composición étnica. En esta cuestión, nuestra idea de los valores biopsíquicos ha de tener muy amplias consecuencias, si es que no queremos quedar varados en la simple disquisición intelectual. No actuamos en consonancia con las leyes cósmicas si, en lugar de vertebrar nuestros conocimientos acerca de lo biopsíquico en un sistema que abarque toda la realidad que nos rodea, solamente nos contentamos de empujar estos problemas de papel a papel. El conocimiento que tenemos de las correlaciones psicofísicas nos obliga a considerar al cuerpo como expresión de los valores de nuestra especie. Si esto no se hace, o si nadie se atreve a hacerlo, o si se deja de hacer por cobardía, entonces toda la cháchara acerca de nuestros valores étnicos será solamente una convicción a medias. Saber lo correcto y no hacerlo es cobardía o inferioridad.

La afirmación del cuerpo comprende a todo el cuerpo como totalidad. Afirmer la parte visible del cuerpo mediante el subterfugio de modas que cubren o descubren partes mayores o menores, todavía no implica en absoluto una comprensión cabal del problema. También sobre esto es preciso estar completamente en claro. Dios nos ha dado el cuerpo como una totalidad y no solamente aquellas partes que los caprichos de las modas se atrevan a mostrar o sugerir.

Lo que importa es volver a darle al cuerpo un lugar en el orden de nuestra existencia, especialmente en nuestra vida cotidiana. Pensando hasta sus últimas consecuencias esto implica afirmar positivamente también el desnudo. Sin embargo no significa afirmar el desnudo por el desnudo mismo sino que implica valorar el desnudo por lo que significa

como expresión biopsíquica viva y real. Visto así todo se reduce a una cuestión de postura interior frente al valor del desnudo pero ha de saberse que hay un largo trecho para recorrer hasta llegar a la aplicación práctica con respecto a este tema. Esto último es una cuestión de tacto y de moralidad superior que por su especificidad no corresponde ya dentro del marco de estas consideraciones.

Pero ésta decisión íntima en esta materia es necesaria porque las leyes vitales de lo biopsíquico no toleran mediocridades y exigen una toma de posición clara. Lo indiscutible es sólo que todo lo que quiera equiparar al desnudo con lo inmoral constituye una total tontería.

Nuestros antepasados fueron un Pueblo sano y de gran vitalidad que pensaba sin trabas en estas cuestiones. Esta postura no constituyó ningún primitivismo bárbaro como a muchos les gusta señalarlo. La moral y la costumbre de la afirmación corporal libre de perjuicios se mantuvieron en Alemania hasta la Guerra de los 30 Años, en Suecia y Finlandia hasta nuestros días. Además estamos muy bien informados acerca de estas relaciones entre nuestros antepasados germánicos. Así, por ejemplo, dice:

TACITO (20):

"Exclusivamente en el hogar crece la juventud hasta alcanzar la constitución y el porte corporal que nosotros admiramos".

CESAR (La guerra de las Galias. Libro VI).

"Desde la niñez se inclinan hacia el ejercicio y el endurecimiento. Aquél que durante más tiempo se abstiene de la relación sexual cosecha el aprecio mayor. Ello aumentaría la estatura, así creen ellos, multiplica las fuerzas y fortifica la fibra. El haber tenido relaciones con una mujer antes de los veinte años pertenece a los delitos más infamantes; *pero aún así no existe ninguna hipocresía en estas cosas dado que se bañan juntos en los ríos y se visten de tal forma que una gran parte del cuerpo permanece desnudo.*"

Recién la Iglesia intervino proscriptivamente en estas cuestiones, aunque también es cierto que jamás consiguió imponerse del todo. Los padres de la Iglesia, por ejemplo, afirman de la costumbre de bañarse conjuntamente con referencia a las doncellas que: "ponen al alcance de ojos ávidos de deseo su cuerpo que debería estar dedicado al pudor y a la moralidad". Pero sólo muy despacio pudo hacer pié entre nosotros una manera de pensar tan completamente forzada y antinatural.

La clave para la comprensión de esta oposición de concepciones en la historia de nuestro Pueblo es posible que pueda ser hallada en el hecho que nuestros antepasados veían, en la educación de la juventud libre de prejuicios en todo lo referente al cuerpo, un medio para el mantenimiento de la salud de la raza mientras que la Iglesia, probablemente porque no consiguió jamás integrar a su doctrina los valores étnicos ya que se lo prohibía la doctrina de la igualdad de todos los seres que tuviesen forma humana, proscribió el cuerpo abriendo con ello el camino al criterio de considerar solamente el alma como elemento axiológico de su doctrina. Posiblemente haya sido esta visión unilateral la que llevó a los círculos eclesiásticos a considerar especialmente a todo aquello que en él pudiese ser relacionado con lo que Gustav Frenssen llamaba "La Fuente de la Vida". De cualquier manera las cosas llegaron al punto en que cualquier muchacha bella y educada de acuerdo a las más viejas tradiciones pudo ser hecha objeto de la cacería por parte de una secta de hombres fanatizados. La belleza se convirtió en una maldición. En las más tenebrosas épocas de la historia alemana, en la época de la peste espiritual y de las masivas persecuciones de brujas, agonizaron cientos y hasta miles de mujeres alemanas bajo el sarcasmo sádico de sus martirizadores, en lugar de convertirse en madres para su Pueblo. Estas cazas de brujas pesan, indudablemente, sobre la conciencia de los servidores de las Iglesias; pero es muy

dudoso que puedan con justicia adscribirse a las doctrinas de las Iglesias. Pero absolutamente ninguna duda puede haber hoy de que el origen y la ejecución de aquella cruzada demencial debe adscribirse al Pueblo que adora a Jehová y no a nuestro Dios y que, con el pretexto del delirio de la caza de brujas, ejecutó conscientemente una venganza racial.⁷

Exactamente tan perniciosa en sus consecuencias fue otra dilapidación de valiosas corrientes biopsíquicas que tuvo su lugar en los últimos cien años: la difamación judía de nuestras mujeres. El judío se las ingenió para confundir los valores interiores del hombre de Occidente, lo hizo extraño a su propia estirpe y con la pansexualización de todo proceso vital rebajó la posición de la mujer a una simple posición de objeto de placer físico. La sexualidad recibió su premio y finalmente hasta adquirió visos de respetabilidad. También el desnudo fue desde muy temprano colocado al servicio de la acción disociadora del judío. Precisamente este hecho ha aportado mucho a que hoy tengamos los conceptos confundidos en cuanto a esta materia, al punto en que muchos prejuicios pueden ser rastreados y definidos como una actitud de repulsa instintiva frente a la lascivia judaizante. Si la Iglesia, mediante su caza de brujas, nos quitó nuestra ancestral moral natural, la acción del judaísmo contribuyó eficazmente a corromper la poca que nos quedaba. La difamación de la mujer y su degradación al papel de objeto sexual corre paralela con la proscripción del cuerpo como expresión de salud y belleza biopsíquica. Son todos procesos que tienen un común padre espiritual: Jehová.

No hay duda ninguna acerca de que aquellos valores y aquel estilo de vida del que nos informan Tácito y Cesar fueron la base sobre la que se edificó toda la fuerza y la grandeza de Occidente. Porque lo que fuimos y lo que hicimos eso se lo debemos exclusivamente a nuestras potencialidades biopsíquicas. Tenemos pues sólidas razones para volver a la moralidad de nuestros antepasados después de que nuestro siglo nos ha enseñado el valor de nuestros factores étnicos. De qué manera construiremos una nueva Moral es algo que no podemos tratar aquí. Nuestro Pueblo seguramente encontrará la manera y el modo de vertebrar un sistema ético toda vez que su vida misma vuelva a ser puesta sobre sus bases ancestrales mediante nuestra Revolución.

Llegamos así al final. Nuestro siglo nos ha abierto de par en par una gran puerta para que podamos ver un nuevo campo de acción, dotados de nuevos conocimientos. En su mayor parte inexplorado yace este campo frente a nosotros. Y presintiendo, más que sabiendo, sentimos venir hacia nosotros los nuevos y grandes deberes que las leyes de la herencia nos imponen.

Estos deberes exigen ser cumplidos y deberán ser cumplidos. Hemos encendido la luz para poder lograr ver un cuadro total del Hombre. El destino nos ha elegido como escenario sobre el cual deberá desarrollarse un nuevo estilo de vida. Nuestro Pueblo no podrá escapar a su deber de continuar por este camino del conocimiento y de hacer brillar la luz del conocimiento integral del Hombre entre los demás Pueblos de la tierra.

Por este camino habremos de llegar a quebrar un día el poder mundial del judaísmo internacional: porque el imperialismo mundial judío es posible sólo mientras el resto del mundo se resista a ver en la cuestión judía una cuestión estrictamente biopsíquica. Porque sólo si el no judío olvida su imperativo biopsíquico puede el judío suplantar ese imperativo por los falsos ídolos de la propaganda masiva. Pero con el rechazo de la mentalidad judía todavía no avanzamos gran cosa en el terreno de fomentar nuestros propios valores, y ni hablemos de la cuestión de dominar los factores biopolíticos que garantizan nuestro propio estilo de vida. Un campo no está sembrado por el sólo hecho de alejar la maleza. *La afirmación de las leyes vitales de nuestra raza, la dignificación de nuestros antepasados a quienes debemos nuestras potencialidades biopsíquicas y*

nuestros hijos criados para ser dignos de nuestros progenitores son los hitos ineludibles para la verdadera Revolución.

Delante de nosotros se alza la tarea de poner en consonancia la vida en nuestras grandes ciudades y nuestra tecnología con las leyes vitales que rigen nuestra evolución natural. ¡La sangre sin el suelo adecuado se diluye! Eso lo sabemos. También sabemos que la sangre sin crianza adecuada y sin referencia a los antepasados no tiene asidero sólido. Para todo Pueblo de la tierra vale la ley de que Sangre y Suelo son elementos mutuamente condicionantes. No podemos pues dejar que nuestras potencialidades biopsíquicas se pierdan y se perviertan en nuestras grandes ciudades desarrolladas a partir de un criterio liberal y judaizante. No es contra la ciudad en si que deberemos luchar sino en contra de su entorno paralizante y por su estructuración dentro de un sistema de vida acorde con las exigencias de las leyes naturales de la vida. Sangre y Suelo volverán a ser así los pilares sostenedores de nuestra nacionalidad y de la realidad vital de nuestro Pueblo; pilares que lo mantendrán sano y vital garantizándole así la eternidad.

A las ideas ensombrecidas del año 1.789, a las ideas de libertad, igualdad y fraternidad que valoran al criminal de la misma manera que al noble, al endiosamiento de la razón irreal y abstracta nosotros oponemos las posibilidades reales de nuestra constitución biopsíquica. Sobre la base de esta Tradición viva, legada concretamente por nuestros antepasados, nos esforzamos por comprender a nuestro Pueblo. Estructuramos este Pueblo de acuerdo a las capacidades y a las realizaciones del individuo, dándole con ello a nuestra sociedad una jerarquización natural y justa. En el concepto de Nación logramos que el Pueblo se comprenda a sí mismo como un todo y llevamos la totalidad sociopolítica del Pueblo a expresarse a través de la estructura del Estado Nacional. Llegamos pues, de esta manera, a la revalorización de todos los valores partiendo del concepto de lo biopsíquico; un proceso que nos ofrece un nuevo conocimiento del valor y de la esencia del Hombre pero que al mismo tiempo nos da una nueva base para construir, mediante el Hombre Nuevo, una nueva cultura y una nueva civilización.

Aquí es donde puede verse que el problema biopsíquico es el problema fundamental del Siglo XX siendo que todas las cuestiones del Siglo XX pueden referirse a esta cuestión. Los vencedores del gran enfrentamiento que vive nuestro siglo no serán aquellos que, por comodidad, se conformen con soluciones de compromiso en materia biopolítica sino aquellos que tengan el suficiente coraje de comprender y llevar hasta sus últimas consecuencias las leyes de la vida del Hombre.

Al comienzo de todo suceder está la voluntad. Si de una vez por todas afirmamos sin miramientos y sin condicionamientos nuestros valores étnicos y nuestras leyes vitales, entonces también encontraremos medios y modos para garantizar también nuestra supervivencia sobre el planeta. Nuestro deber es comprender y dominar nuestro siglo:

¡Cuando hay voluntad, hay un camino!

RICARDO WALTHER OSCAR DARRÉ
(Biografía)

Pocos de los que se dedican a relatar la Historia del Tercer Reich se detienen a hacer la biografía de las personalidades más importantes que lo fundaron y dirigieron. Si este olvido es fortuito o está cometido adrede, es algo que quizás no valga la pena discutir. Pero, sin duda, es interesante y hasta sorprendente comprobar que nada menos que el Ministro de Agricultura de Hitler no era alemán. En efecto: su nombre denota una ascendencia indudablemente francesa y su lugar de nacimiento es Buenos Aires. Este alemán de apellido francés y nacido en la Argentina fue hijo de un fornido prusiano, Ricardo Oscar Darré, que llegó a estas playas acompañado de su esposa, Emilia Lagergren, allá por los fines del siglo pasado.

Este matrimonio, el 14 de Julio de 1895, en su hogar ubicado en el n° 769 de la calle 11 de Septiembre del barrio de Belgrano, tuvo el hijo que más adelante haría sus primeras letras en el Instituto Goethe de José Hernández al 2.600 de esta Capital.

Enviado a Inglaterra para realizar estudios de agricultura en Winbledon, la I Guerra Mundial lo sorprende en Europa y asciende al cargo de agrónomo adjunto del Ministerio de Agricultura.

Con la llegada de Adolfo Hitler al poder, en 1.933, Darré es convertido en titular de dicho ministerio; cargo que desempeñará hasta el 23 de Mayo de 1.942, fecha en que debe alejarse por razones de salud, aunque sin renunciar expresamente a su cargo.

A partir de esa fecha su paradero es incierto. Su obra, que hace especial hincapié en el factor biopolítico y de la que extraemos el presente ensayo, revela su honda preocupación por establecer medidas adecuadas de gobierno que posibiliten volver a arraigar al Hombre al Suelo sobre el que vive y del cual se nutre.